

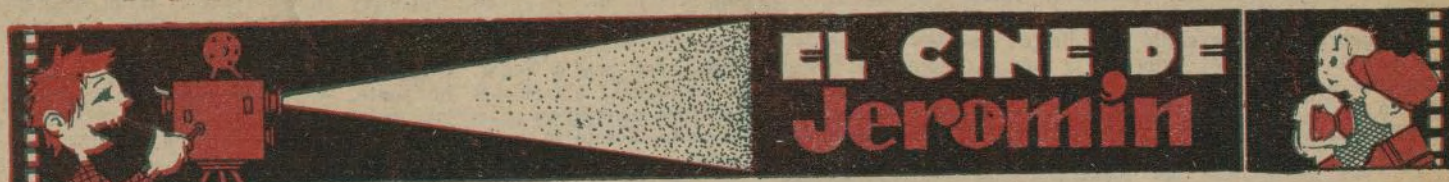
# Jeromin

10 céntimos

AÑO II

Calderón de la Barca, núm. 4.—Teléfono 18491.—MADRID

NUM. 49



LA CASA  
**Jeromin**  
PRESENTA  
A LOS  
HERMANOS  
AVENTUREROS  
**PACHÍN Y PACHÓN**  
EN  
BUENA PUNTERÍA



Pachín y Pachón eran dos chicos terribles; muy apasionados por la caza, aunque de ordinario, como es de suponer, sólo podían dedicarse a cazar moscas con las gomas que sacaban de sus ligas. Durante las verbenas, todas las perrillas que les daba su abuelo las gastaban en cazar bombillas, en los puestos del tiro al blanco. Cierta día en que su abuelo dormía la siesta, cogieron sus escopetas y se fueron a cazar liebres.



Pachín tenía una puntería fenomenal; era el campeón de los tiros al blanco en las verbenas, e iba diciendo a Pachón: «En cuanto saiga una liebre la hago polvo». Así llegaron a la sierra y ¡Qué susto! les salió una buena pieza: «Mira que liebre tan grande», dijo Pachín. Pero a Pachón le pareció aquello muy grande para ser liebre, y dijo: «¡Anda la osa!», y salió corriendo... y Pachón detrás de él.

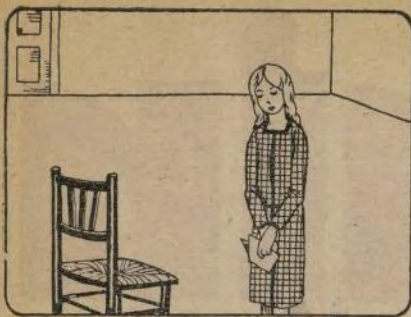


La osa, pues era una respetable osa, les persiguió, dando terribles gruñidos. De pronto se atravesó un precipicio. ¡Estaban perdidos! Pero Pachín se acordó de su buena puntería, y se le ocurrió una idea. Comenzó a disparar balas al lado opuesto del precipicio, y así logró hacer un puente, por el que pudieron pasar. Ya al otro lado, de un golpe derribaron el puente y no pudo pasar la osa. «¡Qué divertida resulta la caza mayor!», dijo Pachín.



En el próximo número el **Cohete** la película de mas chispa de mi exclusiva **Jeromin**





# Justicia de Dios



=continuación=



«Ya sabes que hoy daremos el golpe; a las cuatro en punto te espero a la puerta de la ermita, y en cuanto lo hagamos escaparemos a Portugal. Las alhajas del Cristo valen lo menos diez mil duros. No temas. El Grajo.»

La pobre Julita se sintió desfallecer; pero pronto su natural valeroso se impuso, decidida a evitar el horrible crimen. ¡Robar a Dios! Rápidamente abrió la puerta, y saliendo al campo, echó a correr hacia el cuartelillo de la Guardia civil. Pero en se-

guida se detuvo, pensando. Si denunciaba el hecho, su hermano sería preso, y la deshonra y la vergüenza mataría de dolor a su querido padre. ¡No, no! ¡Nunca! Había que impedirlo por sus propios medios; consultó el reloj. Eran las tres. «Aun es tiempo—exclamó—. La ermita distaba diez kilómetros, pero en una hora podría llegar. Julita había trazado su plan, y sin la menor vacilación se dispuso a ponerlo en práctica. Entrando en el patio, desató a su caballo, que, ajeno a la que se le preparaba,

comía tranquilamente. «Tartarin!—exclamó al tiempo que saltaba sobre él—, a ti me confío».

Tartarin, como si comprendiera, se encabritó, y animado por la niña, emprendió una carrera fantástica a través del campo.

Mas no habrían recorrido medio kilómetro, cuando una franja de fuego iluminó el horizonte, y el estruendo horrísono del trueno fué despertando los ecos dormidos de las montañas. A los pocos minutos, la tormenta estallaba, arrancando el huracán



con furia salvaje las ramas de los álamos. La valiente Julita, empapada por la lluvia, cortada su cara por el viento, deslumbrada por los relámpagos y aturdida por el estruendo de la borrasca, hacía galopar a la desesperada al noble bruto. «¡Animo, Tartarin! ¡Animo! ¡Corre! ¡Vuela!» Y Tartarin, respondiendo a la voz alentadora, se lanzaba como una avalancha, saltando arroyos y bardazos, atravesando impávido por entre los cañaverales.

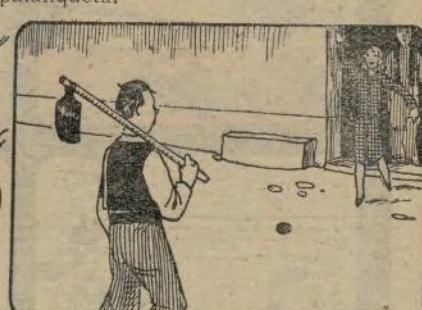
Y de pronto, Julita sintió que el corazón

se le saltaba del pecho. La ermita acababa de aparecer a un kilómetro escaso. Eran las cuatro menos quince minutos. ¡Llegaba a tiempo! «¡Gracias, Dios mío!»—exclamó—. Pero acto seguido una exclamación de angustia brotó de sus labios. Las aguas del arroyo, engrosadas con las de la tormenta, habían destruido el puentecillo y convertido el arroyo en furioso torrente. ¡El paso a la ermita estaba cortado!

«¡Tartarin!»—exclamó Julita—. ¡No hay más remedio que cruzar! ¡Pasar a todo

trance!» Y haciendo la señal de la cruz se lanzó con inmenso valor al torrente. Pero las aguas arrastraron a la niña y al caballo, a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos. «¡Jesús!»—gritó—. Pero en revuelto torbellino, fatalmente, irremediablemente, el torrente embravecido se los llevaba envueltos en sus aguas fangosas...

Momentos antes de hundirse el puentecillo, Alfredo y El Grajo le cruzaban y entraban en la ermita, forzando la puerta con una palanqueta.



«¡Sostén la escalera!»—exclamó El Grajo—, y Alfredo, temblando de espanto y de remordimientos, sujetaba la larguísima escalera que El Grajo había apoyado sobre el altar. El miserable comenzó a trepar por ella, pero al llegar a la altura en que la imagen de Nuestro Señor estaba colocada, al pretender despojar al Cristo de sus joyas, los ojos de la imagen le miraron con tal fijeza, que el bandido, aterrado, vaciló un instante, perdió el equilibrio y desde lo alto de la escalera se desplomó a los

pies de Alfredo, quedando aplastado sobre las baldosas. Alfredo, al presenciarlo, escapó despavorido, exclamando: «¡Milagro! ¡Milagro!», y al trasponer la puerta de la ermita caía desmayado en su dintel. En aquel instante, Julita, que al fin pudiera cruzar el torrente, llegaba casi desfallecida, empapada, desgarradas sus vestiduras y aun tenía fuerzas para recoger al hermano en sus brazos y levantar los ojos al cielo en oración de gracias.

Siempre que paso ahora por El Castañar me detengo a charlar un rato con el señor Juan, que fuma tranquilamente a la puerta de su casa. Julita, dentro, trajina dichosa, y, anochecido, salen a recibir a un joven que, con el azadón al hombro, regresa del trabajo, retratada en su semblante la felicidad de una vida honrada.

Es Alfredo, que comprendió lo infame de su conducta y se hizo bueno, gracias al valor y al cariño de su hermana, pero, sobre todo, a la justicia de Dios. JULMÁN



¡CARAMBA COMO LLUEVE,  
Y YO SIN PARAGUAS...



YA DIVISO EL REMEDIO PA-  
RA NO MOJARME...



LO SIENTO, NEGRITO, PE-  
RO COMPRENDERÁS QUE



NO ME VOYA PONER PIN-  
GANDO...





### ANTES QUE NADA, LO PRINCIPAL ES ASEGURAR LA CONQUISTA DEL CIELO

Un día el emperador Carlos V, deseando obsequiar a su hijo, al par que conocer el estado de su educación, le llamó, y, presentándole una hermosa espada y un libro piadoso, le dijo: —Puedes elegir, hijo mío, entre las dos cosas la que más te agrade. El príncipe cogió el libro, y, un tanto admirado, preguntóle el rey: —¿Por qué prefieres el libro a la espada? —Sencillamente, contestó el príncipe, porque con la espada podré conquistar un reino; pero con la oración podré conquistar el cielo, que es duradero y feliz.



### JUEGOS DE NIÑOS

#### LOS BANDOS DE MIEL Y AZÚCAR

Es un juego en que pueden tomar parte desde doce niños en adelante, comenzándose porque los jugadores elijan los dos capitanes o jefes, de igual fuerza, empuje y altura.

Elegidos ya los dos jefes, se retiran y en secreto convienen, para que ningún jugador se entere, la fórmula que ha de servir para el reclutamiento de los bandos que ha de acaudillar cada uno.

Así, por ejemplo, el bando de uno se llamará el de la miel y el otro el bando del azúcar.

Hecho esto se presentan cogidos de las manos ante los jugadores y, levantándolas por encima de la cabeza y formando arco, llaman al primero de los jugadores, los cuales estarán a ocho o diez metros de distancia, y le preguntarán en voz baja:

—¿Qué quieres, miel o azúcar?

El interpelado contestará lo que tenga por conveniente y se le hará formar detrás del jefe cuyo lema o bandera haya adoptado al azar.

A este primero seguirán sucesivamente todos los jugadores, repitiéndose la misma pregunta y yendo a formar detrás de uno o de otro jefe, según la contestación dada.

(Continuará.)



### RECREOS CIENTÍFICOS

#### LO QUE SABE «JEROMÍN»

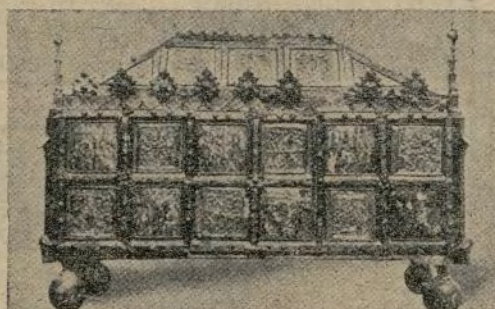
Vamos hoy con otro ejemplo basado en la inercia de los cuerpos. Inercia de los cuerpos es la resistencia de éstos a modificar el estado de reposo o movimiento en que se hallan. Así, por ejemplo, cuando se va en el tren, el cuerpo participa del movimiento que al tren lleva, y vemos que si el tren se para bruscamente, los que van en él se caen en el suelo, si van de pie, o se dan un golpe contra el respaldo del asiento, si van de frente a la máquina del tren. El ejemplo que vamos a poner es el siguiente: Sobre una botella ponéis un tapón de corcho, o de otra cualquier materia, y sobre el tapón una bala o bola de esas con que jugáis los niños. Hecho esto, si dais un golpe rápido al tapón, éste saldrá disparado, pero la bala o bola ha resistido al movimiento del tapón y seguido en reposo; pero como está bajo el influjo de la ley de gravedad, al que no escapa ningún cuerpo, cae dentro de la botella.

### ESPAÑA MONUMENTAL



#### El Monasterio de Guadalupe.

Sigamos dando a conocer las bellezas de este grandioso y singular monasterio. La mayoría de los monumentos son notables por una o dos cosas, por ejemplo, por un patio artístico, por su fachada, por esculturas que contenga, etc., raro es, fuera de algunas catedrales, el que contiene, como el monasterio de Guadalupe, un conjunto variadísimo de cosas dignas de admiración



En tal monasterio todo es grandioso y artístico; una de las cien mil bellezas que contiene sería suficiente para dar fama a cualquier monumento. Ya llevamos presentadas varias. Hoy, en la primera fotografía, reproducimos una vista de su incomparable sacristía, prodigio de líneas armónicas y museo de uno de nuestros primeros pintores: de Zurbarán. Al entrar en la sacristía de Guadalupe se experimenta hondísima sensación de placer. Sin duda alguna es la



más bella de España. La segunda fotografía reproduce una arqueta gótica de plata repujada y esmaltes notabilísimos, que es una verdadera maravilla. La tercera fotografía está tomada en la bellísima capilla de San Jerónimo, prolongación de la sacristía. En esta fotografía puede verse la farola que alumbraba la nave capitana turca en la batalla de Lepanto. Don Juan de Austria la regaló al monasterio; está atravesada por dos balazos de mosquete.





## Cascarilla



Llega al puente Cascarilla y, con él, la borriquilla.



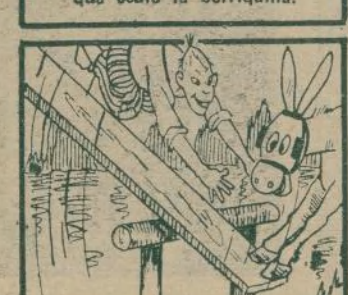
Llevándola del ramal, Cascarilla fué a pasar.



La burra, que es muy prudente, no quiere pasar el puente.

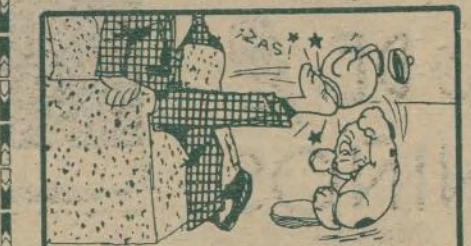


Tanto tira Cascarilla que cedió la borriquilla.

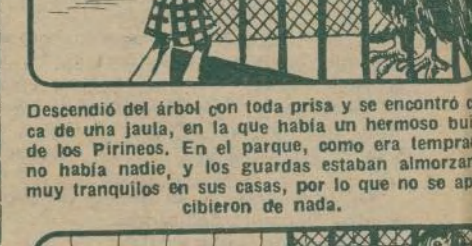


El puente se levantó y ya veis lo que pasó.

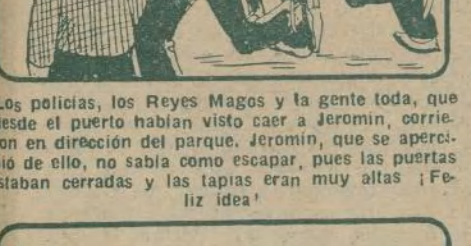
## Maravillosa Historia de Jeromin



## Repollo



## Repollo



## Repollo



## Repollo





## D. Quijote de la Mancha



(Continuación.)

orgullosos. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así, con facilidad, en un momento, dejaron la retrienda y comenzaron a correr por aquel campo con las hachas encendidas. Los enlutados, asimismo envueltos y revueltos en sus faldamentos, no se podían mover; así que, muy a su salvo Don Quijote los apaleó a todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquél no era hombre, sino diablo del infierno, que les salía a quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí: «Sin duda, este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.»

Estaba un hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, a cuya luz le pudo ver Don Quijote; y llegándose a él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese; si no, que le mataría.

A lo cual respondió el caído: «Harto rendido estoy, pues no me puedo mover; que tengo una pierna quebrada. Suplico a vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate; que cometerá un gran sacrilegio; que soy licenciado, y tengo las primeras Ordenes.»

—Pues ¿quién diablos os ha traído aquí—dijo Don Quijote—, siendo hombre de Iglesia?

—¿Quién, señor?—replicó el caído—: mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza—dijo Don Quijote—si no me satisfacéis a todo cuanto primero os pregunté.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecha—respondió el licenciado—; y así sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López, soy natural de Alcobendas, vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos a la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

—Y ¿quién le mató?—preguntó Don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron—respondió el bachiller.

—Desa suerte—dijo Don Quijote—quitádome ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero, habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros; porque lo mismo hiciera si a mí mismo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

(Continuará.)

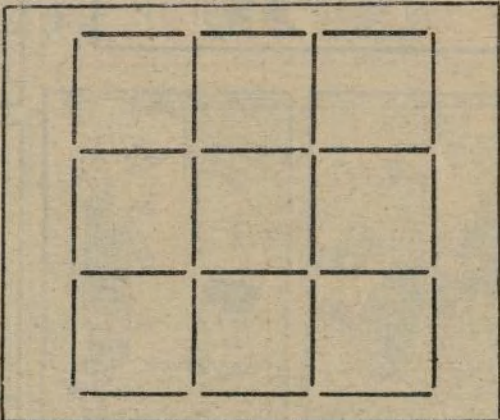


1.º Cascarilla ha perdido la borriquilla, ¿dónde estará?

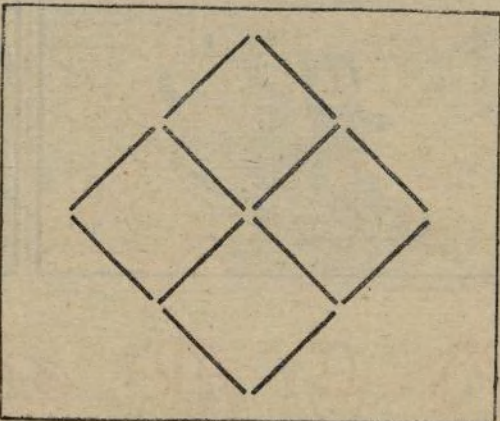


2.º Unid los puntos con una línea del 1 al 70 y veréis lo que divierte a esas niñas.

## PROBLEMA



Quitad ocho líneas de esa figura, de forma que queden cinco cuadrados.



SOLUCIÓN DEL NÚMERO ANTERIOR

Ayuntamiento de Madrid

## La España Gloriosa



(Continuación.)

jefes y sin disciplina. De allí en adelante las cosas iban a cambiar radicalmente. Entre los pocos lusitanos que escaparon de la matanza decretada por Galva, hallábase un pastor de recia constitución, de voluntad indomable y de corazón esforzado. Era incansable, ágil, de fuerzas hercúleas, parco en el comer y resistente a las fatigas y sufrimientos; era, en fin, un hombre de alma tan grande como humilde era su condición. Este hombre, impresionado por la horrorosa matanza de que había sido víctima su pueblo, juró vengarle y recorrió España, de pueblo en pueblo, pregando la malvada y criminal conducta de Galva, con tal fuego y con acentos tan patéticos, que impresionaba hondamente a sus oyentes, y pronto se vió rodeado de diez mil hombres, decididos a vengar el infame ultraje y a acabar con la odiada dominación romana. Llenos de santo ardor, se dirigieron hacia donde se encontraba el ejército romano; pero Vitelio, sucesor de Galva, les salió al encuentro y les detuvo en un lugar fragoso, donde era difícil aprovisionarse, y empujados por el hambre, trataron de someterse. Entonces, el caudillo lusitano, el pastor de recio temple, salió de las filas, y encarándose con los que trataban de capitular, les arengó así: «¿Habéis olvidado la traición de Galva? ¿Es que aún os merece fe la palabra de los pretores romanos? Pactar la paz equivale a poner el cuello bajo la cuchilla del opresor. Por mi parte, antes de aceptar pacto alguno, prefiero abrimme paso con mi espada entre las filas del enemigo, y, al frente de los que quieran seguirme, triunfaré o moriré con honra».

Este breve discurso enardeció a los soldados, que, inflamados de entusiasmo, proclamáronle jefe. Aquel hombre humilde y esforzado se llamaba Viriato.

No pensó Viriato desperdiciar aquel entusiasmo de sus soldados, y mandó formar en línea de batalla, ordenándoles que no llegaran al choque con el enemigo, sino que en cuanto viesan a los soldados romanos montar a caballo para entrar en batalla, se desbandaran para reunirse seguidamente en Tríbola.

Así se hizo. Viriato, al frente de mil jinetes se presentó ante el campamento del general romano, retándole a luchar. El pretor romano, sorprendido por tan audaz desafío, dudó antes de resolver; pero, al fin, dió la orden de atacar. Entonces, el astuto lusitano mandó a los suyos picar espuelas, y al galope, por sendas desconocidas por los romanos, desaparecieron, dejando burlado a Vitelio. Con tal ardid salvó Viriato a sus soldados de la comprometida situación en que se hallaban, acreditándose de hábil guerrillero. El enojo del pretor romano por tal burla fué grande, y para vengarse mandó ir en busca del ejército capitaneado por Viriato. Este había emboscado convenientemente a la infantería, y al ver venir al ejército romano, fingió deseos de empeñar con él batalla, sólo con la caballería; el general romano aceptó, confiado y seguro de exterminar para siempre a los inquietos lusitanos. Apenas empeñada la batalla, Viriato, con

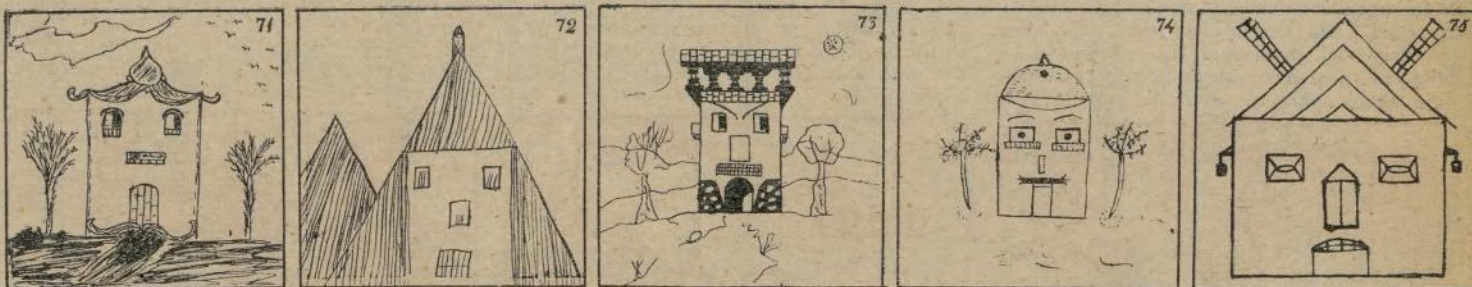
(Continuará.)



[illegible]

Advertencia: Los artistas de Cataluña y Castilla la Nueva mandarán en seguida los trabajos para sus respectivas páginas, pues los de Baleares y Canarias apenas han mandado para llenar un número.  
Los de Castilla la Vieja y Extremadura pueden ir mandando ya también.

## DEL CONCURSO DE CASAS ANIMADAS



El número 71 representa un musulmán con barba y bigote, por Isabel Ruiz García, de Almendralejo (Badajoz); el número 72, las pirámides de Egipto, por Julio Argüeso, de Salamanca; el número 73, el rey que rabió, por Angeles Martínez, de León; el número 74, un bombero, por Carmen de la Gufa, de Santa María de Nieva (Segovia); el número 75, una niña, por *Trompila*, de Madrid.

## ADVERTENCIAS IMPORTANTES

Hemos dicho que los trabajos para la sección de colaboración infantil vengan en sobre abierto. Siguen algunos mandándolos en sobre cerrado, y pierden el tiempo, porque los que vengan así van derechos al cesto de los papeles.

Otros escriben cartas en sobres abiertos, franqueadas con dos céntimos, cartas que detienen en Correos hasta que se reintegran debidamente, y como no nos molestamos en ello, resulta que no llegan a nuestro poder.

También hemos dicho que no mantenemos correspondencia relacionada con la sección infantil.

!OJ!

Muchos niños escriben suscribiéndose a JEROMIN, pero si quieren ser atendidos, es preciso que tales suscripciones traigan el visto bueno de su padre o madre, y... ya saben que el pago es adelantado. Sin estos requisitos no mandamos la revista.

**Jeromin**  
REVISTA ILUSTRADA PARA NIÑOS  
SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA  
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
CALDERON DE LA BARCA, 4 MADRID  
PRECIOS DE SUSCRIPCIONES UN EJEMPLAR AÑO 5,20; POR PAQUETES A RAZÓN DE 8 CENTIMOS EJEMPLAR A LOS CORRESPONSALES LO ACOSTUMBRADO. LOS PAGOS ADELANTADOS

# RECREO E INGENIO

COLMO

COLMO

—¿Cuál es el colmo de un carbonero?

—Hacer carbón de los palos que dan a su hijo en la escuela por desaplicado.

JESÚS y ANGELITO LARA  
ARIAS, de Tomelloso.

—¿Cuál es el colmo de un  
sastre?

—Pegar una manga de riço a una americana (mujer natural de América).

JOSÉ PRATS,  
de Ibiza.



# NINOS HEROICOS

## El vagón descarrilado (de Puck)



Era la hora de comer, y Juan, pequeño empleado de la estación, al dirigirse a su casa, vió a varios chicos jugando sobre unos vagones cargados, ya listos para ser enganchados. Juan vió el gran peligro que corrían los chicos y trató de persuadirlos para que fueran a jugar a otro sitio. Pero los chicos, mal educados y caprichosos, le dijeron que no querían marcharse, porque allí era donde más se divertían. Y siguieron saltando y corriendo sobre los vagones.

«Al menos, dijo Juan, tened mucho cuidado con no tocar al freno, pues si lo tocáis puede descarrilar algún vagón y ocurriría una grave desgracia.» Los chiquillos, en tono burlón, le contestaron: «No somos tontos y sabemos mejor que tú lo que debemos hacer o dejar de hacer; vete ya y déjanos en paz.» Trató Juan de insistir, pues comprendía el gran peligro que corrían. Pero todo fué inútil; los caprichosos muchachos llegaron hasta amenazar con apedrearle.

En vista de esto, Juan siguió, vía adelante, en dirección a su casa; pero no dejaba de prestar atención a los chicos. Cuando iba a pasar un puente, tendido sobre la vía, oyó un grito, miró y vió con espanto que uno de los vagones, cargado de carbón, sobre el que jugaban los chicos, se deslizaba sin freno por la vía en dirección a donde él estaba. El vagón iba cuesta abajo y cogía, de momento en momento, mayor velocidad. Juan calculó al punto lo que podría ocurrir.

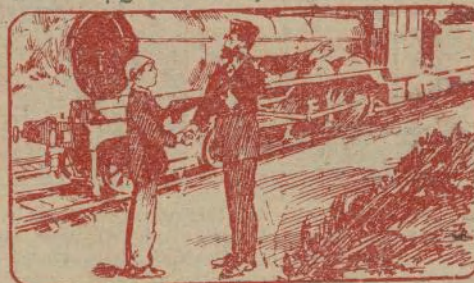
«Los chicos, dijo, han tocado a los frenos»



nos y han hecho, como les advertí, descarrilar ese vagón. Si no hay posibilidad de detenerle provocará un accidente que puede causar muchas víctimas.» Juan, sin saber qué partido tomar, miraba al vagón desde el pretil del puente. «¿Qué podré hacer yo, decía, para detener el vagón?» Los momentos eran cada vez más críticos. El vagón ya cerca del puente en que Juan se hallaba. ¡Era preciso obrar con prontitud!

Se subió sobre el pretil del puente y esperó a que llegara el vagón; al pasar éste debajo del puente, Juan, con riesgo de su vida, pensando más que en él en las desgracias que el vagón podría ocasionar si chocaba con algún tren, se tiró con tal acierto, que fué a caer sobre el carbón de que iba el vagón cargado. Con el golpe que recibió perdió el sentido por breves momentos. Al volver en sí, el vagón llevaba ya una velocidad verdaderamente vertiginosa.

Juan, cada vez más preocupado con la catástrofe que el vagón podría ocasionar, determinó llegar hasta el freno para ver si lograba hacerle funcionar. La operación era dificultosa, pues tenía que maniobrar manteniéndose en equilibrio sobre los topes, cosa sumamente difícil, en aquella velocidad. Pero Juan no reparó en el peligro, saltó por uno de los lados, y, deslizándose con gran precaución, se fué hacia donde estaba el freno. ¡Qué valiente y animoso muchacho!



Por fin pudo llegar a donde estaba la palanca del freno y maniobró desesperadamente para ponerla en movimiento. Pasaba el tiempo sin poderlo lograr, pues la misma velocidad del vagón lo dificultaba. De pronto oyó el pito de un tren que se acercaba. ¡Qué angustiosos momentos! ¡La catástrofe estaba encima! Juan, ante el inminente peligro, puso un pie sobre la palanca, se agarró fuertemente a las tablas del vagón y hizo un esfuerzo desesperado.

La palanca cedió, al fin, y el vagón paró. Juan se arrojó al suelo, y, corriendo por la vía, iba haciendo señales de peligro, con el fin de que el tren expreso, que se aproximaba a gran velocidad, se detuviese. El maquinista percibió las señales y, frenando, pudo parar a pocos metros de donde estaba el vagón. Unos momentos más y el expreso hubiera chocado contra él, y, Dios sabe las víctimas que hubieran resultado, dadas las condiciones del choque.

Al parar el tren, los viajeros descendieron y, al enterarse de lo ocurrido, dieron las gracias a Juan, y muchos quisieron gratificarle. «No, dijo el valiente muchacho, sólo he cumplido con mi deber, y la satisfacción que siento por ello paga con exceso el peligro que he corrido!» Pero el jefe de la estación le dijo: «Ya se ve que eres tan generoso y honrado como valiente; para ejemplaridad, propondré a la Compañía te recompense y te dará un buen empleo en la estación.»

